

www.elboomeran.com

Patricia Ratto

Trasfondo



Adriana Hidalgo editora

Ratto, Patricia
Trasfondo -1ª. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2012.
146 p. ; 19x13 cm. - (la lengua / novela)

ISBN 978-987-1556-79-3

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Patricia Ratto, 2012
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-79-3
ISBN España: 978-84-92857-66-1

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Sólo el que ha muerto es nuestro,
sólo es nuestro lo que perdimos.
Jorge Luis Borges

Y entonces ese ruido me despierta con un sobresalto, es un rechinar áspero que raspa con rabia contra el casco del barco. Se ve que me he quedado dormido sobre unas lonas en la sala de máquinas y el ruido, que se origina afuera pero lo invade todo aquí adentro, me ha despertado. Se replica el ruido, y ahora también a estribor algo raspa, rasca, arrastra. Estoy solo, no hay nadie a la vista, parece que todos están donde el ruido, o que todos son el ruido, como si el ruido se los hubiera tragado, a ellos, a los otros, no a mí que ahora me incorporo, y estoy bien, y aliso el overol con las palmas de las manos algo engrasadas, me agacho, agarro las lonas, las enrolló y las saco del medio. Tengo que decir que después de la descompostura de hace unos días me siento mejor, mucho mejor. El ruido sigue, pero el oído se va acostumbrando y empieza a distinguir otros sonidos, otra realidad fuera del ruido: alguien está entrando, alguien que todavía no es más que el golpeteo de unas botas descendiendo por la escalerilla metálica hasta tocar el piso; me acerco a la puerta de la sala de máquinas y compruebo que ese alguien es ahora un cuerpo que gira y comienza a venir hacia popa, una cara que se va haciendo más definida hasta tomar los rasgos de Soria, un buen chico Soria,

con mucha voluntad; otras botas, mientras el ruido raspa, raspa, raspa, descienden ahora por la escalerilla; entonces Soria se detiene, se da vuelta hacia el que viene detrás, ¿cuándo empezaron?, creo que le pregunta; hace un rato, contesta el otro con una voz que parece la de Albaredo mientras termina de descender; ¿y con qué los sacan?, continúa preguntando Soria con una intensidad que trata de sobreponerse al ruido que ruge y retuerce y rompe; con unos chapones, le informa el otro a la vez que ambos avanzan hacia la sala de máquinas; estilo argentino, agrega, buzos con snorkel, chapa y a raspar, a mano nomás, y a pulmón. Rasca, raya, rasguña el ruido. Son unos bichos jodidos los dientes de perro, se incrustan tanto que no salen así nomás, explica Albaredo. Y yo creo que aún no me han visto así que Soria sigue preguntando: ¿y por qué el apuro, si hace años que están? No sé, se apresura a responderle el otro, vino la orden y hay que cumplirla. Ahora se escucha el repiqueteo de otras botas y otras botas y otras voces y yo me vuelvo a la sala de máquinas y me quedo pensando en los dientes de perro agarrados a la chapa como si fueran la chapa misma, haciendo que el barco pese demasiado, se ponga lento y pese, pese, y el casco se estropee y no resista toda la presión que tiene que resistir cuando tenga que sumergirse a profundidad, todo porque a alguien se le ocurrió construir ese rompeolas y no previó que, al cambiar la corriente del mar, el casco

del submarino iba a llenarse de esos bichos; tampoco se planeó con tiempo llevarlo a dique seco para hacer la limpieza como corresponde, quién sabe por qué se les habrá dado ahora por... raspa el ruido, raspa hasta el hartazgo, raspa y aturde. Se agarran los dientes de perro, como perros rabiosos a la carne viva, como el ruido a mis oídos, muerde, muerde, restalla. Muerde.

Han empezado a entrar cosas los otros: provisiones, cajas y cajones con víveres, medicamentos, agua, nafta, herramientas, piedras, más piedras, descargan a tierra los torpedos de pruebas y cargan los de combate; la tripulación completa entra, sale, revisa, arregla, ordena, limpia, yo acá examino los motores una y otra vez; este no funciona ni va a funcionar, dice de pronto Albaredo que trabaja junto a mí, y los que nos rodean se ponen nerviosos porque intuyen que algo pasa, algo más allá de los motores, los dientes de perro y el ruido. Alguien a mi lado comenta que el diario de hoy habla de unas ballenas enormes cerca de Punta Mogotes; mentira, agrega otro de inmediato, seguro que es mentira para distraer a la gente; ¿de qué?, pregunta el que habló primero; no sé, le contesta el otro, de algo, qué se yo, de esto. Salgo de sala de máquinas, camino unos pasos hacia el comando, y desde proa lo veo venir a Estévez que avanza, seguido por otros dos, por el pasillo que se abre entre las cuchetas de

labor y de estribor, llevando en las manos una escoba nueva, un balde, unos trapos de piso; los otros, un cajón de manzanas y una bolsa que parece de papas o de cebollas. Tomá, Gómez, esto va en tu cucheta, seguro le está diciendo mientras le pasa los elementos de limpieza a Gómez con una sonrisa que termina en carcajada. Gómez apoya las cosas que le han dado en la cucheta de abajo mientras termina de armar su cama. Estévez y los dos que lo acompañan siguen por el pasillo, llevando el cajón y la bolsa. Gómez se queda viéndolos un momento, consulta su reloj. Ahora Polski avanza por el pasillo que queda entre las cuchetas llevando de la manija, con su mano derecha, un estuche con cierre que contiene una máquina de escribir pequeña, y una resma de papel bajo el otro brazo; se dirige a comando. Yo voy por detrás y, cuando él se detiene para acomodar la máquina y las hojas, lo sobrepaso y sigo de largo rumbo a sala de máquinas. Decido concentrarme en los motores y en el trabajo que estamos haciendo con Albaredo. Alguien en el otro extremo del barco pregunta con voz bien fuerte si cargaron los frascos de alcaparras, no lo veo pero es un oficial, me digo, por la pregunta y por el tono, y el ruido arremete otra vez con su rasqueteo, rrra, rrra, rrra que no me deja escuchar la respuesta, aunque en verdad qué puede importar la respuesta, ¿para qué queremos alcaparras si un motor está inutilizado?, rrra, rrra, rrra el ruido, ¿para qué si eso va a hacer

que nos lleve más tiempo hacer snorkel para cargar las baterías?, rrra, rrra, rrra, rrrrra, si eso nos vuelve más vulnerables, ¿para qué mierda las alcaparras?, rrra, rrra, rrrrra... Algo pasa, lo sé, lo sabemos todos aunque nadie diga nada, y yo hace días –creo, porque empiezo a perder la cuenta–, días que no me muevo de acá. Es de noche cuando cargan, sé que es de noche porque aquí abajo se encienden las luces nocturnas y en comando las luces rojas para evitar el reflejo y que nos vean desde afuera. Alguien habló de espías hoy, lo escuché en un momento en que el ruido se detuvo, de espías chilenos, y otro dijo que no, que eran norteamericanos alojados en un departamento de uno de los edificios que están del otro lado de la avenida, frente a la base; rusos, interrumpió alguien más, seguro que son rusos porque los norteamericanos están de nuestro lado; como sea, espías son espías, mirones en un departamento desde el que observan todos nuestros movimientos, los movimientos de la base se ven desde cualquier sitio, una ubicación de mierda tiene esta base. Una voz diferente dice ahora, desde la zona del periscopio, que al final todos se enteraron por la televisión, que nadie dijo nada anteriormente, que cómo puede ser que nosotros tengamos que enterarnos de eso por la televisión como todo el mundo. Nadie contesta, todos se quedan callados, yo también, mientras pienso que de rabia nos quedamos callados, tan callados que se escuchan

nuestras respiraciones y hasta la ausencia momentánea del ruido. Entonces alguien, que desciende por la escalerilla de proa y entra cargando unas cajas de galletitas, señala que no hay luna esta noche, que todo está negro afuera, completamente negro, ideal para esconderse, para esconder lo que hacemos, lo que cargamos como hormigas disciplinadas. El mar también debe estar negro, imagino, acompasadamente negro, y empieza a darme sueño otra vez, ese sueño pesado que me agarra de golpe desde la descompostura y que me cierra obligadamente los ojos, hasta que todo queda también negro.

No sé cuánto transcurrió desde que alguien dijo que se había enterado por la tele de lo que estaba sucediendo. El ruido chirriante cesó, como si por fin el mar se lo hubiera devorado, y hay aquí un silencio tirante y espeso, lo cual da para pensar que está por pasar algo más de lo que ya calladamente pasa. Estoy solo otra vez, así que me desplazo hacia la escalerilla de proa, la escotilla está abierta, subo un par de escalones para poder ver qué sucede afuera, pero hay una niebla viscosa que se me pega en la cara, en los ojos, como una abundante y fría lagaña húmeda, y es poco lo que puedo atisbar: están todos formados en el muelle los otros, una apenas visible franja azul oscuro los otros, lo que no entiendo es por qué diablos nadie me avisó

y estoy acá, con el overol de trabajo; igualmente me conformo con lo poco que la abertura y la niebla me dejan ver y escucho. Un cura por ahí, parece: yo los bendigo a ustedes en nombre de Dios, los bendigo para que regresen. Entonces es seguro que zarpamos de campaña, pero no una campaña cualquiera, una campaña tal que amerita un cura y una bendición. Ahora la voz de la Hiena se impone, la Hiena los arenga, y aunque no alcanzo a distinguirlo estoy seguro de que les habla con esa mueca permanente de su boca que no llega a ser una sonrisa, ni un tic, ni nada, apenas un rictus congelado y nervioso. En la campaña de cincuenta días del año pasado lo tuve de comandante a la Hiena; por las mañanas, cuando se levantaba de su cama, se ponía una robe de chambre roja, con un pañuelo de seda blanco en el cuello mientras ordenaba subir el periscopio para ver cómo estaba el día y se hacía traer una taza de té. Buena caza, les dice la Hiena y de súbito la frase me saca del pasado y me trae de vuelta hasta aquí. A continuación, las botas de los otros taconeán en el muelle, la franja azul se estira en la niebla, se divide, se diluye en la oscuridad de la noche incipiente, seguro están desarmando la formación y van a empezar a entrar. Bajo por la escalerilla, ya estoy del todo adentro otra vez, ni tiempo para despedirme, una pena, hubiera querido abrazar a María, y a mi madre, pero así son las cosas en estos tiempos, a más de uno le habrá pasado lo mismo, desciendo y me

encamino nuevamente a sala de máquinas; lo cierto es que estoy bien y que voy a ser parte de esto, sea lo que sea que esto vaya a ser. Ya están bajando todos, la tripulación completa, se va ubicando cada uno en su puesto, Soria y Albaredo vienen también hacia la sala de máquinas, es muy joven Soria, vaya a saber en lugar de quién lo han puesto, de otro maquinista, claro, como yo, tal vez con cierta urgencia, porque es muy joven. Trae una escoba en la mano Soria y viene riendo, seguido por Torres que también ríe; ¿y eso?, ¿otra escoba más?, le pregunta alguien que se cruza en su camino; ah, le responde Soria, esta es para traer atada a la vela cuando volvamos, en señal de que la zona quedó barrida. Me preocupa Diego, quedó con fiebre; creo reconocer en la frase la voz de Almaraz que acaba de asomar desde la cocina, espero no sea nada fuera de lo común, pero su voz se me pierde tragada por el pasillo, mientras Soria y Torres se cruzan con él rumbo a sala de máquinas y ahora pasan frente al comandante que tiene una expresión reconcentrada y severa, como si hubiera envejecido diez años en los minutos que duró la bendición y la arenga. Están negociando, dice ahora una voz que llega desde el compartimiento de control, están negociando y no se va a llegar a luchar. Esperemos que así sea, le contesta alguien desde el mismo lugar, porque si no... y de pronto las palabras se atascan en el ronroneo intenso de los motores que acaban de encenderse:

nos ponemos en marcha, zarpamos. Me duelen las piernas desde la descompostura, si me quedo mucho tiempo quieto empiezan a dolerme las piernas así que aprovecho que hay personal suficiente en la sala de máquinas y decido caminar hasta la proa para moverme un poco, a ver si así desaparecen las molestias. Atravieso el área del sonar; yo me fui a la mierda, está diciendo Medrano, ¿para qué un cura si yo no estoy muerto?, me fui a dar una vuelta por ahí hasta que vi que el cura ya había terminado. Sigo avanzando ahora por la zona del periscopio, el comandante ya no está por allí; paso frente a la cocina y frente al camarote del comandante que tiene la puerta cerrada. Llego al área de descanso y entonces lo escucho sin querer a Grunwald, rezonga con una pronunciación pastosa mientras trepa a su cucheta: estaba de asado, puta madre, ¡justo Domingo de Pascua teníamos que venir a salir!, de asado y medio tomado estoy, así que ahora me acuesto y no me llamen hasta que me despierte, me dice, parece, o le dice a alguien; entonces otro, que viene por detrás de mí, le responde: se comenta que le dieron licencia por casamiento a la Vieja Menéndez, por eso estás acá; se podría haber casado después el hijo de puta, refunfuña Grunwald al tiempo que se tapa con la sábana y cierra de un tirón la cortinita de pana negra. Vuelvo a ponerme en marcha, sigo mi recorrido para estirar las piernas y pienso en la niebla de este Domingo de Pascua. Alguien cerca

de torpedos afirma: a hacer pruebas nos mandaron, sólo a hacer pruebas, porque hay que ver si el buque da, si responde, si no responde, después de todo la tripulación es nueva, muchos apenas nos conocemos, el comandante tampoco nos conoce a todos, ni al barco, ni él ni el segundo vienen de un 209, y aquí todo es diferente. Encima, agrega otro, un motor de los cuatro no funciona, desde hace años no funciona, tiene el block partido. Se va a arreglar la cosa, enfatiza alguien más, diplomáticamente se va a arreglar, lo hicieron para eso, para tirarles de las bolas a los ingleses y que después se arregle todo. Polski pone un casete en la casetera de comando, oprime un botón y por el parlante –que está en la cocina pero se oye en todo el barco– suena una marcha militar. Yo sigo hasta la proa envuelto en la música y vuelvo sobre mis pasos seguido por la marcha, mientras pienso en la niebla que también nos envuelve, una niebla densa que imagino de un gris compacto capaz de ocultar la silueta del submarino. Blanco gris plateado sobre el agua, la protectora niebla que nos desdibuja mientras navegamos rumbo al sur.

Del otro lado del pasillo Soria tiende su cama. Recostado en mi cucheta, lo observo sacar las sábanas de su bolsa celeste, se ven ásperas, duras, con ese apresto, esa goma que traen de fábrica. Seguro no le dieron tiempo para lavarlas, para nada le dieron

tiempo, como a muchos de nosotros. Ha elegido la de arriba, la tercera cucheta contando desde abajo. Toca la colchoneta, seguro la siente húmeda, yo tuve la misma sensación al acostarme, pero en realidad estaba fría, todo está frío acá, ya después va a haber un poco de calor, calor humano, calor de máquinas también, de encierro. Abre el cierre de la cubierta del colchón, una especie de sobre hecho con una lona muy tramada. Saca la manta y la deja sobre la cucheta de abajo. Da vuelta el colchón, lo acomoda, lo golpea levemente con las palmas abiertas, extiende la sábana azul ajustable, azul marino; ahora la de arriba, azul también, pero con rayas, unas más claras, otras más oscuras y unas blancas finitas de vez en cuando. Mete un extremo por debajo de la colchoneta y lo asegura con un nudo, parece que a Soria no le gusta que se le salgan las sábanas mientras duerme, es que es muy alto. Agarra la almohada, está algo hundida en el centro, entonces la cambia por la de la cucheta de abajo –no se ha dado cuenta de que lo estoy observando, debe creer que estoy dormido–, la esponja un poco con las manos, le coloca la funda y la ubica en la cabecera. Toma la manta que había dejado en la cucheta de abajo, con un sacudón en el aire la desdobra y la extiende sobre el colchón, la alisa con las manos deshaciendo los pliegues, mete por debajo todos los bordes a lo largo de la cucheta. Ya está lista. Toma otra vez su bolsa, revuelve entre sus cosas hasta

que encuentra la billetera, revisa su interior, saca un billete que por el color parece de cinco, lo dobla y lo vuelve a guardar; extrae una foto pequeña, la observa detenidamente, después dirige la vista hacia arriba, hay una ranura, encastra la foto allí y se queda mirándola durante unos segundos; parece satisfecho. Ahora saca un grabador, de esos con teclas, y unas cajitas con casetes, que acomoda debajo de la almohada, tira del cordón para cerrar la bolsa con el resto de sus pertenencias, camina unos pasos hacia las taquillas, abre la puertita de uno de los receptáculos y ubica la bolsa, comprimiéndola un poco hacia abajo y hacia el fondo; cierra. Unas voces se aproximan, se oyen risas también. Alguien anuncia que ya son las dos treinta del lunes. Yo me hago el dormido, o van a decir que ando espiando y la verdad es que no quiero que digan nada. Y escucho la orden, vamos a inmersión, a partir de ahora navegaremos siempre sumergidos.

Hace días que no encuentro mis botas, las busqué por todos lados pero no hay caso, igual vuelvo a revisar debajo de las cuchetas. Un poco más allá, donde terminan las torpederas, Almaraz escribe en una libretita negra, con letra sumamente prolija; tiene a su lado, sobre la mesa, la foto de una mujer con un bebé en brazos. Sigo buscando mis botas, seguro alguien me las escondió para hacerme una broma,

aunque ahora no importa, quién quiere unas botas de cuero hasta las rodillas para llenarlas de grasa y andar incómodo y encima haciendo ruido adentro de un submarino. A veces me parece que alguien en tierra, cuando decide cuestiones como esta de la indumentaria o tantas otras, desde algún escritorio, se dedica a jodernos porque está aburrido, como si todos fuéramos parte de un gran chiste. Cuando pienso en esas cosas se me aparece la sonrisa de la Hiena, me sigue, se me adhiere, me cuesta sacármela de encima. Algunos se trajeron zapatillas, otros –como Soria y Heredia y Albaredo y muchos más– andamos en medias, dos pares de medias o tres, superpuestos, porque aquí adentro ha empezado a hacer frío ahora que ya estamos sumergidos y bastante más al sur. En la sala de máquinas se ensucian mucho las medias, todo se ensucia, se engrasa, se endurece de mugre. Por otra parte, los motores calientan, calientan más de lo debido, más de lo prudente y quizá deberíamos estar volviendo para repararlos, pero el comandante dijo que no, que con las aguas heladas del mar del sur se va a atemperar ese calor indebido. Si bien lo lógico hubiera sido que partiéramos hacia el norte, para interceptar a los submarinos y buques que vengan en camino, nosotros avanzamos en sentido contrario y, por lo pronto, para nuestras máquinas eso resulta mejor. Así que seguimos navegando, un poco más pendientes de los motores, atentos también

a las negociaciones aunque todo lo que tenemos hasta el momento es silencio. La mayoría dice que esto se arregla y pronto volvemos, pero nadie puede asegurarlo, aquí nadie sabe, nada se sabe. Incertidumbre, esa es la palabra, todo es incertidumbre por estos días, menos la mugre de las medias que llevamos puestas.

En inmersión el silencio es total, como una sordera, como cuando uno está muy resfriado y se le congestionan los oídos. Todos estamos acostumbrados al ruido permanente, por eso, de golpe, este silencio parece que lastima. Hasta que uno logra acostumbrarse se tiene una sensación rara, como de vacío; después, el oído vuelve poco a poco a la normalidad cuando recupera los sonidos del movimiento interno: las voces, los pasos, el tintineo de las herramientas, el entrechocar de las ollas del cocinero. Igual, todo termina en un ruido ahogado: si uno está en la zona de las cuchetas, tiene cerca a los que están en el comedor conversando pero el sonido apenas llega, convertido en susurro algodonoso, aunque los otros estén hablando fuerte. Así son esas cosas acá adentro.

Hay momentos en que se me da por pensar en comida, me detengo en los detalles de cada plato que podríamos comer, en los colores, en el sabor específico

de cada ingrediente, pero después cuando llega la hora de sentarme a la mesa es poco, o más bien nada, lo que como. Y eso que la comida es buena acá y el cocinero, excelente; eso sí: el agua escasa, restringida, hay que cuidar que no se acabe. Hoy almorzaron tortilla de papas y pescado los otros, escuché que Almaraz comentó que había estado muy bueno. Por la mañana, se había quejado de un dolor en el pecho Almaraz, lo atribuía al esfuerzo que había hecho para embarcar cosas el sábado: no es muy fuerte el dolor, aclaró, pero molesta. Ahora parece estar bien, aunque más de uno, seguro, se quedó pensando en mi caso, en ese dolor terrible en el pecho que unos días atrás me volteó al piso en la sala de máquinas. Claro que ahora ando bien y ya me olvidé de todo eso, además no he vuelto a sentir el dolor. Vamos a ponernos a limpiar el buque, algo hay que hacer, la espera no es fácil si no se está haciendo algo concreto. Todos nos ponemos en movimiento, cada cual rumbo a la tarea que le han asignado. Cuando paso frente al camarote del comandante alcanzo a entrever, por la pequeña franja que deja la puerta entreabierta, que –de pie contra la cortina de pequeños cuadrados amarillos dentro de cuadrados rojos que cubre los estantes con la ropa– el enfermero le está tomando la presión, no hay médico a bordo. Unos pasos más adelante el cocinero lee, apoyado sobre la mesada de la cocina, una D’Artagnan. Grunwald va al baño, hace tres días

que va al baño a cada rato, al baño nuestro, el de suboficiales, una y otra vez, a pesar de los carbones que le recetó el enfermero. Tenemos un baño para veintiocho suboficiales y un baño para siete oficiales. El cocinero deja la D'Artagnan que leía y agarra otra que ahora empieza a leer. Grunwald sale, la cara pálida, y se aleja por el pasillo en dirección a proa puteando en voz baja. Quizá todos seamos personajes de una historieta ridícula.

Es de madrugada, calculo, porque salimos a plano de periscopio para hacer snorkel. El submarino oscila, el mar debe estar encrespado en la superficie; el submarino rola, seguro hay mar gruesa; el submarino rota desapaciblemente hacia babor, hacia estribor, y de inmediato se escucha el ruido de cosas que caen, ruedan, se golpean, se rompen. Algunos vasos, quizá tazas que han quedado sueltas en la cocina. En la media luz nocturna y roja el segundo comandante se levanta para ver qué ha sucedido, de pronto lo escucho quejarse y putear, entonces me asomo desde mi cucheta y lo veo levantar el pie, quizá el derecho, y tomarse los dedos. El enfermero, que también se ha levantado a causa del ruido, se acerca, lo está revisando. Tengo mucho sueño y me vuelvo a dormir.

Acabo de terminar mi turno y salgo de la sala de máquinas hacia mi cucheta. En el trayecto veo al comandante que camina desde el primer periscopio rumbo a su camarote, avanzo por el estrecho pasillo varios pasos detrás de él y cuando llega a su camarote de pronto gira y vuelve sobre sus pasos, me pongo de lado para darle paso y retoma la marcha, me quedo observando su retorno y veo que cuando llega al primer periscopio gira otra vez y emprende el regreso hacia el camarote, entonces bajo la mirada, me incomoda pensar que quizá me haya atrapado viéndolo, y retomo mi marcha hacia las cuchetas mientras el comandante llega otra vez hasta su camarote de seguro con la intención de girar otra vez y volver a caminar hasta el periscopio. Ya frente a mi cama descubro que hay alguien acostado en ella, eso suele pasar, así que me subo a la de arriba que está desocupada. Entretanto, lo veo llegar a Soria que trepa y se desploma en la suya, a la misma altura de la cucheta en la que estoy ahora pero del otro lado del pasillo. Acomodo la almohada y me recuesto. Soria también se ha acostado y ahora estira apenas el brazo hacia arriba, debe haber unos cuarenta centímetros hasta el techo, aquí todo es estrecho, comprimido, está pasando la mano por la fotito que había colocado en la ranura. Cuarenta centímetros hasta el techo, y después, toneladas de agua helada, toneladas de océano sobre mi cabeza, sobre las cabezas de los otros, sobre

la cabeza del comandante que va y viene, desde el primer periscopio hasta su camarote y desde su camarote hasta el primer periscopio, todos bajo toneladas de agua; nunca me había detenido a pensar esto a pesar del tiempo que llevo como submarinista, nunca, hasta ahora, quizá porque ahora todo parece ser diferente. Tanta interminable agua allí afuera, tanta cosa junta en el estrecho espacio de este tubo. Se apagan los fluorescentes, se encienden las luces de navegación nocturna, si no fuera por eso, imposible saberlo: no hay día ni noche aquí adentro. La cortinita negra de la cucheta ubicada debajo de la de Soria se mueve, alguien la descorre, se incorpora y mira su reloj, es Heredia, le debe tocar su turno; seguro van a aprovechar la noche para ascender a altura de snorkel y hacer el venteo; se baja de la cucheta Heredia, acomoda un poco las sábanas, corre el cierre de la funda para que todo quede cubierto, levanta el cajón de manzanas que está en la cucheta de abajo y lo coloca sobre la suya, por un instante se queda viendo las frutas, y yo también, algunas envueltas en un papel fino y violeta, otras desenvueltas, rojas y brillantes con algunas líneas verdes. Y sale Heredia, a paso lento, en dirección al área de torpedos. Manzanas, manzanas, una sobre otra, al lado de otra, debajo de otra, manzanas en un cajón de manzanas. Estamos ascendiendo ahora, lo siento en el cuerpo; además, el cajón de manzanas se ha deslizado un par de centímetros hacia popa.

En la mesa de proa cuatro juegan al truco, Almaraz escribe otra vez en su libretita negra, alguien toma un café, Polski sonríe mientras dibuja una caricatura de alguno de nosotros sobre un papel que tiene el escudo de la Armada Argentina, yo paso por detrás de las banquetas, los voy rodeando y de pronto creo ver –por debajo de la cortina que separa la mesa de las cuchetas de proa a las que llamamos el barrio chino– las puntas de mis botas; pienso que son mis botas porque una de ellas tiene una pequeña melladura oscura y curva en la punta, que se me hizo un tiempo atrás. No digo nada. O alguien me está jugando una broma o yo mismo las olvidé allí, pues fue en ese sector en el que dormí durante la campaña anterior. Sin embargo, recuerdo haberlas buscado y no haberlas visto. O quizá creo haberlas buscado y eso sólo quedó en intención, no sé, últimamente se me confunden las cosas, es como si los hechos y los pensamientos tuvieran el mismo peso, como si todo fuera consistente pero a la vez escurridizo. Igual, por si todo esto no ha sido más que una broma, tomo con cuidado las botas y no digo nada, vuelvo a pasar por detrás de las espaldas de los que juegan y, silencioso, camino hasta mi cucheta, las pongo encima –recostadas sobre uno de los extremos de la cama– y las tapo con la manta que uso a veces para cubrirme los pies.